



ideas

Edición a cargo de Héctor M. Guyot
www.lanacion.com.ar/ideas

@IdeasLN | /LNIdeas

ANIVERSARIO

Cuando el científico más genial deslumbró a los argentinos

Hace cien años, Albert Einstein visitaba el país e iniciaba un raid agotador

Por Alberto Rojo

Página 4



SOCIEDAD

El chiste. Un ritual que se desvanece en la era digital

El relato humorístico compartido entre amigos parece cosa del pasado

Por Alberto Ades

Página 6

PERSONAJES

“Se producen alimentos como para que todos podamos comer”

El escocés Magnus MacFarlane-Barrow combate contra el hambre en África

Por Elisabetta Piqué

Página 8

LITERATURA

La novela policial, radiografía de sociedades en crisis

Con sus detectives, Padura, Márkaris y Cercas hacen algo más que entretener

Por Tomás Linn

Página 9

LA PARTE Y EL TODO

Las últimas fichas de un kirchnerismo en apuros

Ante la mala racha del Gobierno, el peronismo recordó su existencia

Por Sergio Suppo

Página 12



ERIC FOUGERE, GETTY

ENTREVISTA — POR Javier Sinay

Delphine Horvilleur

«Nuestra responsabilidad, en el orden social, es no regar la planta del odio»

Crecen en el mundo los enfoques simplistas que empobrecen o cancelan el diálogo, dice la rabina y filósofa francesa, crítica de la “obsesión identitaria”

La pertenencia, el diálogo y el legado cultural parecen ser cuestiones que desvelan a la rabina francesa Delphine Horvilleur. “En el contexto de obsesión identitaria actual, creo que es urgente que exploremos nuestras tradiciones religiosas y lo que estas dicen realmente de la transmisión y de la construcción de una identidad”, escribe Horvilleur en *Madres, hijos y rabinos*, su nuevo título en español (Libros del Asteroide).

También filósofa, esta mujer, que durante la charla intenta dominar un cabello abundante y enulado, aborda con un gran estilo literario temas complejos. Recibió su cultura de dos abuelos muy diferentes: uno, francés asimilado, y el otro emigrante de los Cárpatos, que había perdido a su familia en Auschwitz. En la sinagoga parisina de Beaugrenelle —casi a orillas del río Sena—, Horvilleur predica con ideas, con humor y con osadía: desconfía de los dogmas, cree que la tradición no es la fotocopia de unos conceptos rígidos que pasan de mano en mano a través de

los años, sino una forma viva, mutante, alimentada en el encuentro con los demás y con lo demás.

En *Madres, hijos y rabinos* escribe sobre el futuro incierto y sobre el presente complejo que marca el pulso global. Lo hace desde su experiencia como ciudadana del siglo XXI y desde los cuentos bíblicos antiguos. Ya lo había hecho en otro libro, el fascinante *Vivir con nuestros muertos*, que colocó su nombre junto a los nombres de los mejores ensayistas actuales de Francia, y que le trajo fama y traducciones.

Continúa en la página 2

ENTREVISTA — POR *Javier Sinay*

NOT FOR SALE

lanacion#cvam38616

PERSONAL
COPY

¿Por qué la entrevistamos?

Porque es una pensadora que en sus ensayos promueve el encuentro con el otro y combate los fundamentalismos

Delphine Horvilleur*

«Nuestra responsabilidad, en el orden social, es no regar la planta del odio»

En nuestras sociedades crecen los enfoques simplistas que empobrecen o cancelan el diálogo, dice la rabina y filósofa francesa, que acaba de publicar un libro sobre la necesidad de renovar las tradiciones



ERIC FOUGERE/GETTY

VIENE DE TAPA



n 2015, la revista estadounidense de cultura judía *Tablet* vio que Horviller negociaba hábilmente en las fronteras de la laicidad y se preguntó: "¿Es Delphine Horviller la rabina que salvará a Francia?". Ella había llamado la atención de *Tablet* luego de decir unas palabras en el entierro de una de las víctimas del ataque a *Charlie Hebdo*. Francia acaso necesitaba que alguien la salvara de sí misma.

Peró todo eso fue antes del 7 de octubre de 2023. La masacre ejecutada por Hamas en Israel, y la guerra que vino después, conmocionaron profundamente a Horviller. El antisemitismo creció, las cosas se pusieron raras y la policía visitó a la rabina en su casa en París y le sugirió usar seudónimos para reservar taxis o restaurantes. Ese consejo la llevó a ser Sylvia Stallone en un taxi y Jeanne Wayne en un restaurante japonés. Horviller prefiere a las estrellas estadounidenses, más que nada a las que son capaces de salvar el mundo. El año pasado publicó *Comment ça va pas?*, un ensayo que es como un duelo o un *kaddish* (la plegaria judía para los difuntos), y esta misma semana sale en Francia su nuevo libro, donde se pregunta cómo hablar con los niños acerca de la muerte.

La rutina vuelve a su cauce lentamente, y mientras Netflix prepara la segunda temporada de *Nadie quiere esto* (la comedia romántica del "hot rabbi" interpretado por Adam Brody), HBO Max estrenará el 28 de marzo *Le Sens des Choses*, una serie basada en el libro *Vivir con nuestros muertos*, cuya protagonista es una rabina joven.

"La serie lo expresa bien: creo que muy a menudo en la vida podemos salvarnos con palabras e historias", dice Horviller desde Francia. "El guión se basa en mi filosofía, y en cada episodio la protagonista necesita encontrar una historia para ayudar a la gente. Pero no, la rabina de la serie no es exactamente como yo, sino un personaje diferente a mí".

—La vida de las comunidades judías, a lo largo de los siglos, ha visto una tensión, un movimiento pendular que va de la asimilación a la necesidad de recordar su larga historia. ¿Qué ha ocurrido con esa tensión después del 7 de octubre de 2023?

—Pasé muchos años enseñando la importancia de tender puentes para el diálogo, ese ha sido el mensaje central de todo lo que escribí e hice. Pero lo más impactante para mí desde el 7 de octubre de 2023 es que, de alguna manera, el dolor de la historia judía llamó a nuestra puerta y nos recordó que, aunque deseamos tanto construir puentes, en realidad, nos guste o no, estamos en un momento en el que también necesitamos construir muros y asegurarnos de que nuestros hijos estén bien. De repente hay que enseñar simultáneamente sobre el puente universal entre el judaísmo y el mundo, y también sobre la necesidad de protegernos. Es una tensión importante. Por otro lado, los judíos no somos simplemente judíos: somos judíos y tantas otras cosas más. A muchas personas, si hace unos años les hubieras preguntado cómo se definían, habrían dicho: "Soy francés, soy europeo, me encanta correr, me encanta comer sushi y soy judío". A partir del 7 de octubre, no porque lo eligieran, sino porque el mundo los obligó a invertir su definición personal, ahora esas personas de repente ven que su identidad judía toma protagonismo.

—¿La historia avanza y a la vez retrocede?
—Sí. No es que nos obsesionemos con nosotros mismos como judíos, pero no tenemos otra

opción, porque de repente estamos amenazados y volvemos a las viejas cuestiones. No es la misma historia, pero hay una especie de eco. Cuando yo era una niña me disgustaba que mis abuelos, sin importar de qué habláramos, siempre dijeran: "¿Es bueno o malo para los judíos?". Me parecía ridículo que siguieran pensando que todo era para bien o para mal, y no esperaba que en mi vida de pronto yo fuera a oír la voz de ellos de nuevo. Mis abuelos murieron hace mucho tiempo, pero ahora mismo siento que me están gritando, como si me estuvieran diciendo constantemente: "¿Ves? ¡Te lo dijimos! Te equivocaste al estar tan convencida de que ya habíamos superado aquellos momentos históricos".

—¿Y entonces se puede seguir construyendo puentes o ya no?

—Sí. Pero, quizás más que nunca, necesitamos hacer alianzas: ese es el verdadero significado de mi identidad judía, que no puede ser una cuestión de puertas cerradas. Tiene que ser una cuestión que me permita participar en una conversación con otros. Así que no me rendiré. He notado que desde el 7 de octubre, de una forma muy extraña, algunas conversaciones han desaparecido y otras se han fortalecido. Yo, como muchas otras personas, perdí muchos amigos, pero también profundicé relaciones incluso con amigos árabes. Por ejemplo, tengo un amigo libanés que escribe obras de teatro aquí en Francia y es bastante famoso: Wajdi Mouawad. Mi amistad con él durante el último año y medio ha sido lo que en yiddish llamamos *medchayeh*: algo que te devuelve la vida. Muchas veces sentí que estaba perdiendo empatía, mi humanidad, incluso mi rostro ante lo que estaba sucediendo, pero mis conversaciones con él fueron cruciales.

—¿Qué fue lo que le dijo Wajdi Mouawad que le devolvió la vida?

—Hablamos mucho sobre cómo mantener la empatía con el otro. Él dice que sabe que la semilla del odio hacia el judío fue plantada y se pregunta cómo evitar regarla. Esa metáfora me parece poderosa. A veces pensamos que vamos a acabar con el antisemitismo, con el racismo, con el odio o con lo que sea. Pero en realidad creo que hay que reconocer que ese odio está dentro de nosotros y de nuestra sociedad, y que no hay forma de deshacernos de él. Entonces la pregunta es: ¿cómo nos aseguramos de que su planta no crezca? En la historia hay momentos en los que es como si regáramos la tierra y le pusiéramos fertilizante, y esa planta crece. Otras veces logramos evitar que florezca. Nuestra responsabilidad, como sociedad, es asegurarnos de no estar regando la planta.

—¿Y cómo fue que nuestra cultura se convirtió en un problema de cancelación, racismo y segregación?

—En nuestra sociedad hay una fuerte tendencia a amar la simplicidad y existe una especie de aversión a la complejidad. No se si eso viene de las redes sociales, pero nos hemos vuelto superbinarios en los últimos años. La generación que nos sugirió que debería existir una identidad de género no binaria tiene, paradójicamente, una visión política superbinaria del mundo. Considera que no existe el binarismo de género, pero sí el de todos los demás aspectos de la vida. De repente, su visión del mundo es simplista: una visión de dominantes y dominados, de poderosos y subordinados. Es un error ver el mundo de esta manera. Nadie es poderoso en cada minuto de su vida o subordinado todo el tiempo. Esta forma de ver el mundo, con enfoques simplistas, es empobrecedora para todos, así que constantemente yo enseño sobre la complejidad. Pero es muy difícil que la gente elija la complejidad en ámbitos como los de las redes sociales, donde, por ejemplo, Twitter/X te da 280 caracteres para escribir. Los emojis, otro ejemplo, se usan para aclarar el estado de ánimo incluso cuando alguien escribe "Mi gato murió". Es obvio que está triste, pero no hay lugar para las ambigüedades. Eso me llama la atención: yo creo que la base del diálogo es la ambigüedad.

—En términos sociales, ¿la ambigüedad ayuda también a elevar la calidad de la conversación pública?

—Sí. Pero el problema es que vivimos en una época que contradice la inteligencia, al me-

Con vocación universal

■ Delphine Horviller (Nancy, 1974) es rabina, escritora y filósofa. Estudió hebreo y árabe en la Universidad hebrea de Jerusalén y Periodismo en París

■ Tras dedicarse profesionalmente al periodismo en Francia e Israel, se marchó a Nueva York para estudiar el Talmud

■ En 2008, a los treinta y tres años, recibió su ordenación rabinica. Ha sido la tercera mujer en lograrlo en Francia y es una de las principales voces del Movimiento Judío Liberal de Francia

■ En 2009 fue nombrada jefa de redacción de la revista de pensamiento judío *Tenou'a*. Además de oficiar como rabina, ha colaborado en diversos medios de comunicación, como *Le Monde*, *Le Figaro* y *Elle*.

■ Ha publicado numerosos libros de ensayo, entre los que destacan *Madres, hijos y rabinos* (2015), *Libros del Asteroid* (2024), *Reflexiones sobre la cuestión antiemita* (2019) y *Vivir con nuestros muertos* (2021), *Libros del Asteroid* (2022), que recibió el Premio Babel de No Ficción 2021 y fue un éxito de ventas en Francia

“ Cuando me preguntan en qué creo, digo que creo en el poder de las historias. Las historias cambian el mundo. Nos transforman para bien o para mal”

“ Pasé muchos años enseñando la importancia de tender puentes de diálogo. Ese ha sido el mensaje central de todo lo que escribí e hice”

“ Es muy difícil que la gente acepte la complejidad del mundo en ámbitos como los de las redes sociales, donde hay tantos caracteres para escribir”

nos con respecto a su etimología. La palabra "inteligencia" viene del latín *intellegere: inter y legere*, que significa "entre" y "leer", eso es la capacidad de leer entre líneas. Creo que no existe ninguna inteligencia si no reconoces que siempre hay un punto intermedio entre lo que yo digo y lo que tú escuchas. Todo esto también tiene que ver con el pensamiento judío, porque la esencia misma de la interpretación judía es la ambigüedad. El texto nunca es claro sobre su significado y los rabinos han construido la sabiduría judía sobre la idea de que el texto parece decir algo, pero puede significar otra cosa. La distancia entre lo que parece significar un texto y lo que podría significar es la esencia de la interpretación judía.

—En su libro *Vivir con nuestros muertos* usted escribió: "El oficio que más se acerca al mío tiene un nombre: narradora". ¿Sigue considerando lo mismo?

—Sí, y ahora más que nunca. Cuando me preguntan en qué creo, yo respondo que creo en el poder de las historias. De verdad pienso que las historias cambian al mundo, que nos transforman para bien o para mal. Algunas nos hacen más humanos, otras nos destruyen. Algunas son malditas, otras son bendiciones. Historias: supongo que esa es mi religiosidad. Y tengo la suerte de formar parte de una tradición que es muy buena narrándolas. Esa es nuestra bendición y debemos compartirla con el mundo.

—¿Qué puede decir de los jóvenes? ¿Podemos tener esperanza respecto de la próxima generación?

—Francamente, es un tema muy doloroso porque el crecimiento del antisemitismo a menudo se canaliza a través de una nueva generación. Y los jóvenes no son conscientes de algo que ha sido bastante frecuente en la historia: muchas veces los judíos han sido odiados por quienes estaban convencidos de encontrarse en el lado correcto de la historia. Por ejemplo, en la Edad Media la gente creía que los judíos traían enfermedades, que envenenaban el agua de los pozos o que mataban a los cristianos. La gente estaba convencida de que eliminar a los judíos traería paz al mundo, e incluso salud. Hoy es prácticamente lo mismo. A menudo conozco personas, especialmente jóvenes activistas, que no oyen los clichés antisemitas en su propio idioma: es como si estuvieran cantando una melodía antisemitita clásica, pero no la oyen porque están totalmente convencidos de que están del lado correcto de la historia. Lo más doloroso para mí hoy es hablar con jóvenes judíos: es evidente que están pasando por una pesadilla. Muchos se han convertido en criptojudíos: o hablan de su identidad judía y pierden a sus amigos, o mantienen una vida social y evitan el tema, pretendiendo ser algo que no son.

—No parece muy optimista para los años que vienen...

—No, creo que vamos a pasar por momentos muy oscuros. Pero, al mismo tiempo, lo único optimista que puedo decir es que deberíamos considerar que no somos la primera generación que atraviesa esto. Somos bendecidos, si puedo usar esta palabra, con el conocimiento del pasado. Muy a menudo me inspiro en ese pasado que, de hecho, regresa de forma diferente. Los judíos siempre lograron elegir la vida; así sobrevivimos y encontramos la manera de transmitir una tradición. Y de hecho, esto me lleva a *Madres, hijos y rabinos*, donde intenté expresar que el judaísmo posee una sabiduría especial para la transmisión y es muy bueno enseñando memoria y a la vez adaptación. Los judíos recuerdan, pero al mismo tiempo saben olvidar lo suficiente como para reinventarse.

—Entonces, ¿cuál cree que es el futuro del judaísmo?

—Ahora en Francia los niños y los jóvenes judíos se enfrentan a desafíos terribles, pero su inteligencia les permitirá inventar algo, tendrán que ser proactivos. Crearán palabras porque eso es lo que los judíos siempre han hecho. También conozco a muchas personas que tienden a recurrir a la familia o a la tribu para sentirse seguros. Es una consecuencia de la amenaza y me pregunto cuál será el efecto a largo plazo. Solo puedo decir que, a pesar de enfrentarse a tantos desafíos, los judíos siempre lograron salir adelante y ser creativos. Y lo van a lograr una vez más. ■

ANIVERSARIO —

— MIRADAS —

El derecho al lenguaje claro y accesible

Daniel Gigena
LA NACION

Ante la "sima" abierta en la comunicación pública por el desarrollo de la informática y sus aplicaciones en diversos ámbitos, la *Guía panhispánica de lenguaje claro y accesible* de la Real Academia Española (RAE) y la Asociación de Academias de la Lengua Española (Asale) impulsa la claridad allí donde el mal uso del lenguaje se puede convertir en una barrera, en especial para los sectores más vulnerables. El manual estuvo a cargo del académico español Salvador Gutiérrez Ordóñez y cuesta \$ 29.900.

Sin embargo, el lenguaje "confuso e inaccesible" no es atributo exclusivo de la brecha digital. "La situación se ha prolongado hasta la actualidad: el lenguaje de los poderes públicos resulta oscuro, incomprensible. Por eso, frente a la opacidad de disposiciones que afectan a la ciudadanía en todos los ámbitos de su vida, ha cristalizado un movimiento internacional que, bajo la enseña 'lenguaje claro', reivindica un nuevo derecho: el derecho a comprender", se lee en la introducción. Las propuestas de claridad de la *Guía* están destinadas al ámbito judicial, a la administración pública (que "utiliza una jerga propia e impositiva, como quien habla, interpreta y decide desde el poder"), las grandes empresas ("el laberíntico recibo de la luz o la llamada letra pequeña y otras sutiles trampas de los contratos violan el principio de claridad") y el lenguaje médico.

"Contra la máxima de claridad atenta también, por otros procedimientos, el lenguaje vacío de los políticos y de algunos otros sectores", se observa, antes de resaltar la importancia de la buena formación lingüística de los comunicadores. Basta intentar descifrar las resoluciones del Boletín Oficial o las declaraciones de ministros para captar la importancia del derecho a comprender.

El lenguaje claro y accesible se vincula con la democracia. "Las personas tienen derecho a comprender las disposiciones legales y administrativas que regulan su vida personal y social" postula la *Guía*. [...] El derecho a comprender posee una sutil conexión con el espíritu democrático".

Además, la claridad en el lenguaje tiene beneficios personales (ahorra tiempo, dinero y genera tranquilidad, facilita la participación en la gestión pública) e institucionales, al asegurar mayor eficiencia y funcionalidad en la gestión, evitar conflictos y favorecer la inclusión social y la igualdad de los grupos desfavorecidos.

"La *Guía panhispánica de lenguaje claro y accesible* es una obra muy valiosa para todos los que deseamos hablar y escribir a fin de que nos entiendan, sin tropiezos léxicos o sintácticos, sin dudas que entorpezcan nuestros trabajos —afirma la presidenta de la Academia Argentina de Letras, la lingüista Alicia María Zorrilla—. Leemos en el Prólogo: 'La Real Academia Española y las academias de la Asale velan por la corrección y la capacidad expresiva del español. Persiguen una lengua transparente en sus descripciones gramaticales, rica en recursos léxicos, segura en su ortografía y dotada de las pautas discursivas de claridad forjadas por nuestros grandes escritores. Una lengua que posibilite el éxito comunicativo en todos los ámbitos'.

Para Zorrilla, "comunicarse bien con otros implica un acto de generosidad y de respeto, pues, si nos atenemos a su etimología, 'comunicar' denota 'compartir, hacer participar a otros de nuestro mensaje'". Y agrega: "Las palabras deben unirse en la comprensión y en el orden, pero, a veces, nos separan por el uso de oraciones extensas con subordinaciones intrincadas que nos hacen perder el significado que trataron vanamente de expresar; anacolutos que fracturan la estructura oracional; gerundios malheridos por la ignorancia; puntuación anárquica; verbos mal correlacionados; repeticiones innecesarias; palabras deformadas; yerros ortográficos, etcétera. Esta obra nos enseña que, en todos los tiempos, existió esa búsqueda de luz en el enlace de las palabras, y que la escritura, regida por normas ortográficas, gráficas, morfosintácticas y lexicosemánticas, debe ser un ejercicio de perseverancia y de voluntad. Nos ofrece, pues, los conocimientos fundamentales para que, entre todos nuestros derechos, también exista el de compartir con dignidad la vida de las palabras".



Albert Einstein, durante su conferencia en el Aula Magna del Colegio Nacional de Buenos Aires

Cuando el científico más genial deslumbró a los argentinos

Hace cien años, el padre de la teoría de la relatividad llegaba al país, donde pasaría un mes agotador lleno de compromisos

Alberto Rojo
PARA LA NACION

lanacion.com #cvam38616

66 Einstein tenía razón: todo es relativo", decía el aviso de la sastrería Albion House, de Cangallo y Maipú, en el diario *La Prensa*: "a pesar de ser tan grande, no tiene lugar para guardar los trajes de un año para otro". Y la librería García Santos ofrecía, por menos de 10 pesos fuertes, varios libros sobre la teoría de la relatividad. Einstein había desembarcado cinco días antes, el 30 de marzo de 1925, a bordo del vapor alemán Cap Polonia en Dársena Norte. Apenas asomó en la cubierta fue asediado por cronistas, fotógrafos y delegaciones ansiosas de saludarlo. Llegaba al país una estrella de rock antes del rock and roll, el sabio del siglo.

Su arribo era la culminación de un tretejido de gestiones iniciado años antes. En agosto de 1922, el poeta Leopoldo Lugones había publicado una carta en *LA NACION* proponiendo atraer a Einstein a la Argentina argumentando

que, dada la creciente inestabilidad política en Alemania, su vida corría peligro. Sugirió invitarlo a dictar un curso gratuito con el acoso ingenioso propósito de que se radicara en nuestro país.

En diciembre de 1923 el rectorado de la Universidad de Buenos Aires autorizó convenir con las Universidades de Córdoba, La Plata, del Litoral y de Tucumán, "una invitación en común al profesor Alberto Einstein para dar una serie de conferencias" y aprobó el uso de hasta 2500 dólares de los fondos de la universidad que, junto con la contribución de miembros de la Asociación Hebraica (hoy Sociedad Hebraica), elevaron la suma total a 4000 dólares, valor que Einstein había considerado aceptable. El monto equivalía a ocho meses del salario de Julio Rey Pastor, profesor de máxima categoría de la UBA, y a cinco meses del profesor mejor pagado de Harvard. La oferta incluía dos pasajes desde un puerto eu-

ropeo, pero Einstein viajó solo.

Lo esperaba un mes agotador: ocho conferencias en Buenos Aires, compromisos sociales, honores académicos, entrevistas, mucha comida, un viaje en tren a Córdoba, un encuentro con el presidente Marcelo T. de Alvear, caminatas del brazo de Lugones por Florida y hasta un paseo en el hidroavión Junkers sobre el Río de la Plata.

Su primera conferencia fue un desbordado salón de fiestas del Colegio Nacional de Buenos Aires, con gente en los pasillos, desde donde alcanzaban a escuchar sus palabras.

Pacifista ferviente

El contenido de las exposiciones fue publicado en el diario *La Prensa*, donde además Einstein publicó textos con su firma. En "Pan Europa" Einstein defiende la unidad espiritual y la integración política de Europa, y ve en América un actor fundamental para consolidar una paz global



ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

XIX, aplicada a cuerpos en movimiento, conduce a asimetrías que no parecen ser inherentes al fenómeno. Esta asimetría puede ilustrarse con un simple experimento, que Einstein describe en el primer párrafo. Un imán en movimiento genera una corriente eléctrica en un lazo de alambre que está quieto. Si, en cambio, el imán está quieto y el lazo de alambre está en movimiento, la misma corriente circula por el alambre. Según la teoría de Maxwell, estos dos fenómenos son físicamente distintos; en uno el imán está en reposo en el éter (un medio estático de referencia en el que se propaga la luz y respecto del cual se mueven los planetas) y en el otro el imán está en movimiento respecto del éter. Para Einstein esta asimetría era inaceptable: si la corriente es la misma en ambos casos, entonces debe tratarse del mismo fenómeno visto desde perspectivas diferentes, desde distintos sistemas de referencia, y la idea del éter es superflua. Si el éter no existe, no existe el reposo absoluto: al fin y al cabo, si algo está quieto debemos decir respecto de qué está quieto. Todos los sistemas de referencia, procede Einstein, son entonces equivalentes.

A partir de este enunciado, tan sencillo como audaz, Einstein nos conduce por un camino de lógica impecable hasta concluir que el tiempo, el tic-tac de un reloj, no es un fenómeno absoluto: si Alicia y María tienen relojes idénticos y Alicia pasa en una bicicleta muy rápida cerca de María, María ve que el tic-tac de su reloj es más rápido que el de Alicia, y Alicia ve que el tic-tac de su reloj es más rápido que el de María. ¿Cuánto más rápido? Einstein deduce las ecuaciones, que indican que para que la diferencia sea perceptible Alicia tiene que moverse a una velocidad cercana a la de la luz.

La famosa ecuación

En su quinta disertación, en el Aula Magna de Exactas, Einstein explicó la ecuación más famosa del mundo: su inmortal $E=mc^2$, tan difundida como malinterpretada. "Mediante las ecuaciones de Maxwell y el postulado de la relatividad especial", dice el gran Albert, "se deduce que si un cuerpo que se mueve con velocidad v absorbe energía de un sistema en reposo, su energía aumenta sin que varíe su velocidad. [...] Todo sucede como si la masa del cuerpo aumentara en un valor igual a E/c^2 , donde c representa la velocidad de la luz. La masa inerte de un cuerpo no es una constante, sino que varía en función de los cambios en su energía".

Y luego agrega algo crucial: "En las reacciones químicas, las variaciones de masa no son detectables a pesar de los cambios de energía. En las transformaciones radiactivas, en cambio, las variaciones de energía son muchísimo mayores y podrían estar cerca de nuestra observación".

Dicho de otro modo, la fórmula $E=mc^2$ se aplica a todo cambio energético. Si calentamos el agua del mate, el peso del agua aumenta, pero en una cantidad imperceptible. En un proceso de transmutación nuclear, como los que ocurren en una bomba atómica, los cambios de energía son tan grandes que los cambios de masa son apreciables. Pero el mecanismo de generación de esa energía es independiente de la fórmula einsteiniana. Sin embargo, suele atribuirse una inexistente conexión directa.

Por ejemplo, en julio de 1946, a un año del final de la Segunda Guerra Mundial, la portada de la revista *Time* mostraba el retrato de Einstein y a su lado el hongo de una explosión nuclear con la inscripción $E=mc^2$. La célebre fórmula permite detectar cambios energéticos grandes a partir de cambio de masa, pero atribuirle un vínculo causal con una reacción nuclear es como culpar al termómetro por la fiebre.

La relatividad

Luego disertó sobre su *magnum opus*: la Teoría General de la Relatividad, donde describe la gravedad no como una fuerza, sino como la curvatura del espacio-tiempo causada por la masa y la energía. Esta idea revolucionó nuestra comprensión del universo. En su última charla, de alto contenido técnico, habló de las confirmaciones experimentales de la teoría. En particular se refirió al fenómeno, detectado en 1919, que lo canonizó como el hombre más genial de su tiempo: la curvatura de los rayos de luz cuando pasan cerca de una estrella o un objeto muy masivo.

Einstein recibió el premio Nobel de física en 1921, no por la relatividad sino por algo llamado el "efecto fotoeléctrico", el trabajo que inaugura la teoría de la física cuántica. Sus contribuciones son tan descomunales que hoy sería merceder de por lo menos cinco premios Nobel más: por la teoría de ondas gravitacionales, por la teoría del movimiento browniano, por su predicción del funcionamiento del láser, por su teoría de un fenómeno hoy llamado "condensación de Bose-Einstein" (su última contribución importante a la física que, por coincidencia, publicó el mismo año de su visita a Argentina).

La noche del 23 de abril Einstein zarpó, exhausto, del puerto de Buenos Aires. Su diario de viaje y sus cartas contienen anotaciones cariñosas y agradecidas con el matrimonio Wassermann, que lo alojó en su residencia del Barrio de Belgrano y en su quinta de Llavallol durante la Semana Santa. Y si bien es irónico con Buenos Aires ("ciudad confortable y aburrida", "superficial y sin alma, como Nueva York"), tocó en el violín páginas de Mozart y Schumann en la recepción final con los estudiantes de ingeniería, y quedó maravillado al escuchar lo que él llamó "música folclórica argentina".

La huella científica de la visita de Einstein no tuvo la misma magnitud que su impacto mediático o que la resonancia en la colectividad judía local. Quizá porque, si bien la comunidad de físicos era activa, a diferencia del sector médico aún no había madurado lo suficiente como para transformar su visita en un legado perdurable.

Tal vez en ningún otro físico la genialidad y la intuición se combinaron de manera tan prodigiosa como en Einstein. En los años que siguieron, continuó —y así el mismo éxito de antes— explorando los secretos más profundos del mundo, convencido de que, pese a su complejidad, el universo es descifrable. "Dios es sutil", decía, "pero nunca malicioso".

Doctor en física, especializado en mecánica cuántica; profesor en la Universidad de Oakland, en Rochester (Michigan); músico y guitarrista

— OPINIÓN —

Enemistarse con México sería contraproducente para EE.UU.

Los aranceles con los que amenaza Trump solo beneficiarían a Rusia y a China

Denise Dresser
THE NEW YORK TIMES

Al crecer en México durante la década de 1980, me enseñaron que Estados Unidos era un enemigo al que había que temer, una potencia imperialista que se había robado la mejor mitad de nuestro país. Durante décadas, a generaciones de mexicanos nos alimentaron posturas antiestadounidenses en la escuela.

Esa mentalidad empezó a cambiar lentamente tras la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1994. Esto condujo a altos niveles de cooperación económica y aprecio cultural. México se convirtió en un destino turístico de primer orden para sus amigos del norte. Las visitas de Estado de los presidentes estadounidenses se convirtieron en motivo de celebración en lugar de desasosiego, y para muchos mexicanos, el estadounidense feo se convirtió en un socio indispensable. Pero hoy, como resultado del vaivén en los aranceles del presidente Donald Trump y de su postura agresivamente antimexicana, ambos países corren el riesgo de volver a verse como enemigos.

Si Trump aviva el histórico sentimiento antiestadounidense y pierde la cooperación de México no conseguirá el control fronterizo y el éxito en la guerra contra los cárteles. Alienar a los mexicanos es contraproducente.

La presidenta de México, Claudia Sheinbaum, afirmó más o menos lo mismo en su respuesta a los aranceles del 25% impuestos por Estados Unidos a las importaciones mexicanas. "Nadie gana con esta decisión", dijo. Esa tarde, Trump se dirigió al Congreso; el presidente estadounidense se refirió a la inmigración como una invasión y utilizó un lenguaje bélico sobre la necesidad de librar una guerra contra los cárteles de la droga mexicanos.

Sheinbaum ha hecho lo imposible para apaciguar a Trump y evitar la imposición de aranceles. Envío 10.000 soldados mexicanos a la frontera, cerró un número significativo de laboratorios de fentanilo y trasladó a 29 líderes de cárteles a Estados Unidos. Permite que aviones espía y drones estadounidenses volaran en territorio mexicano. En respuesta, la Casa Blanca ha seguido denigrando a un amigo y a un aliado.

La orden ejecutiva de Trump de cambiar el nombre del Golfo de México por el de Golfo de América también fue visto al sur del Río Grande como una ofensa. Sheinbaum envió una carta a Google, explicando las raíces históricas y legales del nombre que tanto aprecian los mexicanos. Esto es una pena, porque mu-

chos logros del pasado están en riesgo. Junto con el inicio de unas relaciones más cordiales, el ahora tratado entre México, Estados Unidos y Canadá, aportó beneficios económicos tanto a los consumidores estadounidenses como a los mexicanos. El libre comercio también tuvo importantes ramificaciones políticas en México. Anteriormente, la economía del país había sufrido las consecuencias de políticas populistas desastrosas que provocaron décadas de crisis económicas.

El libre comercio no estuvo exento de inconvenientes, sobre todo la pérdida de puestos de trabajo en la industria manufacturera estadounidense a medida que las empresas se trasladaban a México. Pero el sueño de Trump de obligar a las fábricas a volver a Estados Unidos imponiendo aranceles revela lo poco que entiende sobre la profundidad de la integración norteamericana. Las caídas de los mercados bursátiles estadounidenses evidencian la reacción de empresas profundamente involucradas en el comercio y las cadenas de suministro con México ante la medida de Trump y la amenaza de una recesión económica.

México tiene poco margen de maniobra, dada su dependencia del mercado estadounidense para el 80% de sus exportaciones. Según predicciones, los aranceles de Trump harán que la economía del país caiga en picado. Y mientras Canadá se ha preparado con aranceles recíprocos, México está en una posición complicada. Facciones políticas de izquierda dentro del partido de Sheinbaum podrían presionar para que adopte una postura más combativa frente a Trump. Pero eso podría incitar la ira de Trump, con consecuencias imprevistas.

¿Quién se beneficiaría de un divorcio entre Estados Unidos y México? Rusia y China, para empezar. Al presidente de Rusia, Vladimir Putin, nada le gustaría más que ver a un México inestable aislado por las drogas, cada vez más enfrentado con Estados Unidos, dado que su objetivo es aumentar la influencia de Rusia en el sur global. Y China está lista para aprovechar las oportunidades de inversión, los mercados y la influencia geopolítica en un país que Estados Unidos solía considerar un amigo cercano.

Entonces, el objetivo de Trump de "Estados Unidos primero" podría conducir no a la grandeza, sino simplemente a un "Estados Unidos solo" en un vecindario cada vez más hostil. ●

Profesora de ciencias políticas en el Instituto Tecnológico Autónomo de México

ENSAYO —

El chiste.

Un ritual social que se desvanece

La velocidad de la vida digital y la corrección política han desplazado al relato humorístico contado entre amigos, y no sin algún costo, pues reír juntos conecta y crea lazos

Alberto Ades
PARA LA NACION

Es un viernes como tantos, después de la comida de Shabat. La mesa sigue cubierta de platos vacíos, algún tenedor olvidado, vasos a medio llenar que reflejan las luces de la sala. Mi hermano, el que me sigue, se recuesta un poco en su silla, suelta un suspiro breve y golpea una copa con una cuchara. El tintineo corta el murmullo familiar y todos giramos la cabeza hacia él. Lleva una camisa blanca, arremangada con descuido, y una barba de más de una semana que acaricia con parsimonia mientras busca las palabras. Lo conocemos bien: tras esa expresión seria, de quien parece estar considerando un argumento teológico, se escconde un bromista empedernido, de esos que disfrutan de contar un chiste como si fuera un ritual sagrado.

"Resulta que un tipo...", empieza, y la familia se acomoda en sus asientos. No es un narrador de oficio, pero tiene ese don para atrapar. Habla tranquilo, sin sonreír, como si estuviera relatando un hecho policial. Describe la escena con pinceladas precisas: un auto con el motor semifundido, ruedas que amenazan con desprenderse, un señor maduro que se acerca con aire de profeta a ofrecer un consejo inútil. La tensión crece despacio, como agua que está a punto de hervir, y todos sabemos que viene el remate, ese golpe final que nos hará estallar de risa. Cuando llega, el chiste es sencillo pero certero. Hay carcajadas y comentarios sueltos. Sergio no se rie —los grandes contadores de chistes nunca lo hacen—, pero se le escapa una leve satisfacción en la mirada.

Esa escena —la de alguien pidiendo silencio para contar un chiste con introducción, nudo y desenlace— ya no es común. Hubo un tiempo en que no podía faltar en las fiestas de cumpleaños, los asados o las sobremesas largas. Era parte del paisaje familiar, como las partidas de backgammon armadas después del café o el ruido de los chicos corriendo en el fondo. Pero ahora, parece un recuerdo lejano, una costumbre que se va desdibujando. ¿En qué momento dejamos de contar chistes como lo hacían nuestros mayores?

De la época dorada a la nostalgia actual. Sin remontarnos a unas décadas, el chiste era el alma de toda reunión. Ni siquiera hace falta irse tan atrás: hasta hace unos años, las sobremesas familiares, los asados entre amigos y las reuniones en los

bares tenían su "momento del chiste". Por entonces, si no sabías o no te animabas a contar uno, te quedabas fuera del juego social. Era casi obligatorio tener siempre un chiste a mano, algo novedoso que soltar para ganar unas carcajadas. En ciertos círculos, el que dominaba el arte se convertía en una figura mítica: el tipo que se contaba solo si el público era el adecuado. Y estaban los que se mandaban con historias largas, casi cuentos, llenas de personajes y detalles, como si armaran una película antes del desenlace. Ser un buen "chistólogo" era un título honorífico.

No todos los contadores de chistes eran iguales. Había especialidades. Algunos iban por los cortos y directos, perfectos para el bullicio de un bar o una pausa en la oficina. Otros se inclinaban por los chistes "verdes", esos que se contaban solo si el público era el adecuado. Y estaban los que se mandaban con historias largas, casi cuentos, llenas de personajes y detalles, como si armaran una película antes del desenlace. Ser un buen "chistólogo" era un título honorífico.

La tradición de contar chistes viene del fondo de la historia. Los griegos ya jugaban con eso en el siglo IV o V: el *Philogelos* es una colección de 265 anécdotas cortas que satirizan a los tontos, los tacaños o los despistados. Era chistes simples, pero con el mismo ADN que los de ahora: una sorpresa al final para arrancar una risa. En la Edad Media, los juglares llevaban sus historias de pueblo en pueblo, adaptándolas según el público. Con la imprenta, en los siglos XV y XVI el humor oral empezó a mezclarse con sátiras escritas que la gente repetía en las tabernas o las cortes. Durante el siglo XIX, los cafés literarios y los diarios le dieron un empujón adicional: chistes políticos, burlas sociales, todo pasaba de la página a la narración oral.

En la Argentina, el chiste contado pegó fuerte en el siglo XX gracias a la radio, que fue como el gran fogón cultural de la época. Programas enteros se armaban alrededor de la voz de un hombre que hacía reír con una historia bien narrada, sin necesidad de efectos especiales o imágenes adosadas: puro talento oral. Luis Landriscina fue un maestro indiscutido del género, con sus relatos camperos llenos de sabiduría rural y esa pausa justa que dejaba al oyente esperando el desenlace como si fuera un gol en tiempo de descuento. Otro prócer del micrófono fue el Negro Álvarez, con sus relatos expresivos y picarescos, usando juegos de palabras, dobles sentidos y anécdotas exageradas, sin caer en lo vulgar. Y no eran los

únicos: en los años 50 y 60, Nini Marshall con su "Catita" o Juan Carlos Mareco como "Pinocho" también metieron mano en el humor radial, mezclando personajes con chistes imposibles de olvidar.

Más tarde, la televisión tomó la posta y le dio su propio giro. En los 70 y 80, los sketches de humor tenían su espacio sagrado: desde Telecomicos y Polemica en el Bar —creada por Gerardo Sofovich— hasta el Negro Olmedo, pasando por las ingeniosas caracterizaciones de Antonio Gasalla (que nos dejó esta semana), los monólogos filosóficos de Enrique Pinti y el humor musical de Les Luthiers. Incluso Tato Bore, aunque se inclinaba a la sátira política, siempre dejaba caer algún chiste narrado para el aplauso. En los 90, el costumbrismo seguía vivo con proceres del chiste como Cacho Garay, que con su tonada cuyana y sus historias de pueblo arrancaba carcajadas sin esforzarse demasiado. Hasta programas como VideoMatch tenían segmentos donde Tinelli o algún cómico de turno soltaba un relato breve para calentar al público. Era una época donde el chiste in vivo, bien actuado, todavía competía con los guiones grabados.

Pero no todo pasaba por las ondas o la pantalla. En los quioscos, los libros de chistes eran un fenómeno aparte: colecciones como *Mil chistes para todos* o *Los mejores chistes de gallegos, judíos y porteños* tenían un éxito de ventas envidiable. Sellos como Ediciones de la Urraca reportaban tiradas de miles de ejemplares, y no era raro ver a alguien en el colectivo o en la sala de espera del dentista con uno de esos libritos gastados, leyendo en voz baja para practicar el tono.

El humor, entre la corrección política y la era digital. Pero algo se quebró. La radio se aceleró, con programas matinales que no dejan hueco para una pausa narrativa, aunque con gloriosas excepciones, como Rolo Villar y Ariel Tarico. La televisión cambió, ahora manda el *reality*, el debate exaltado, la noticia urgente. Los libros de chistes casi desaparecieron, reemplazados por memes o historietas digitales. Lo que antes llenaba minutos de aire o estanterías hoy parece demasiado lento, fuera de época.

El cambio no está solo en los medios. Basta conversar con amigos o mirar a nuestro alrededor en una reunión para notar: el chiste narrado se extingue. Hice una encuesta



Nini Marshall, Luis Landriscina, Roberto Moldavsky y Antonio Gasalla

informal entre conocidos: más del 50% dijo que no había escuchado un chiste completo, con su introducción y remate, en su última reunión de amigos. "Prefiero mandar un meme", me contestó uno. "O un TikTok", agregó otra. El humor ya no pide que lo cuentes: lo consumes en soledad, en la pantalla, y lo compartis con un clic. Es rápido, asíncrono, no necesita que estés frente a alguien.

En *El chiste y su relación con lo inconsciente*, Freud resaltó su importancia: el humor libera tensiones, conecta, crea un "nosotros". En la Argentina, el chiste era eso: un rito de pertenencia. Reirse juntos en la sobremesa tejía lazos, como el mate que algunos (no yo, demasiado agringado a esta altura para eso) pasan de mano en mano. Pero la digitalización lo desplazó. Y no es solo eso. La corrección política también aportó su cuota: chistes de gallegos, de gordos o de suegras que antes eran moneda corriente, hoy te pueden dejar mal parado.

En otros países sucede algo parecido. En Estados Unidos, en donde vivo, domina el *stand-up* (que también prendió en la Argentina),

más en teatros o bares que en casas de familia, pero aún aquí el chiste espontáneo entre amigos supo ser un clásico. Hoy, sin embargo, los estudios socioculturales destacan que la tecnología lo está matando, al menos en Occidente. Donde hay tradiciones orales fuertes, como en comunidades rurales, o donde se hablan lenguas minoritarias, quizás resista más. Pero en nuestro universo —el mundo de WhatsApp y del scroll infinito— el meme le gana por goleada. Es inmediato, visual, no exige memoria ni paciencia. Y si se pone viejo, se descarta sin más.

¿Hay futuro para el chiste? No todos desesperanza. Algunos nostálgicos sueñan con traerlo de vuelta. "Podrían armarse tertulias de chistes en bares", dicen, con un micrófono abierto para que cualquiera se anime, no solo los comediantes de *stand-up*: una especie de karaoke cómico. "En algunas ciudades, hay talleres donde enseñan a contar chistes clásicos", me dicen: el tono, la pausa, el golpe final. "Hasta podría meterse en las escuelas", sugiere un grupo de madres, no para burlarse de nadie, sino para rescatar la ora-

— OPINIÓN —

Las identidades políticas argentinas en el espejo de la corrupción

La honestidad en el poder es un valor que no todos los partidos han ejercido del mismo modo

César Teach
PARA LA NACION



maestros del humor

lidad como parte de lo que somos. "Imaginate una clase de literatura explorando al chiste como género, desde los griegos hasta Landriscina, como vehículo de cultura popular", propone una de ellas, convencida.

Pienso en Sergio otra vez. El chiste, desenterrado de algún rincón de su memoria, fue un acto mínimo pero valiente. Nos hizo reír, sí, pero también mostró lo raro que hoy es ese gesto generoso. Hace unas décadas, el chiste era el rey de la sobremesa, el trampolín al estrellato familiar. Hoy, batalla por la supervivencia contra memes o audios virales. Sin embargo, el chiste no está muerto. El humor es humano y eterno: solo cambia de forma. Y el chiste narrado tiene algo único: el silencio previo, la expectativa, la risa que explota y une. Freud lo sabía: es más que un pasatiempo, es un cable a tierra colectivo.

Hay quienes se entusiasman y aún lo intentan. Amigos que pactan un "momento del chiste" en las reuniones o que miran videos de humoristas viejos para aprender el oficio. Otros graban a sus abuelos contando los suyos, como un archivo vivo de algo que se nos es-

capa. Mientras tanto, en esa mesa de viernes, pasó algo mágico: un sobrino, picado por el acto valiente de mi hermano, contó un chiste al vuelo. Otro de mis hermanos se sumó: "¿Conocen el de Moldavsky sobre los dos judíos y el negocio?", pregunta, como si hubiera uno solo. De pronto, la escena se parecía a las de antes: miradas cómplices, risas entrecortadas, el aire electrizado, con ganas de seguir.

Quizá la clave está en animarse. En tirar, la próxima vez que estemos en familia o con amigos, un "che, tengo uno buenísimo, escuchen". Al principio puedes sonar raro, como sacar un cassette en la era de Spotify. Pero si se logra una carcajada genuina, valdrá la pena. No se trata solo de reír: es rescatar el ritual de hacerlo juntos, frente a frente, sin pantallas de por medio. Antes de vivir pegados al celular, había un fuego en la palabra viva. Ese fuego aún existe y espera que volvamos a avivarlo. El chiste puede ser de nuevo lo que era: un puente, un espacio común, una marca de quién somos. ■

Doctor en Economía (Harvard) y abogado (UBA)

El Obelisco de la ciudad de Buenos Aires fue inaugurado en mayo de 1936. Dado que se prescindió de una licitación pública, tanto la prensa opositora como los partidos opositores al gobierno del general Agustín Justo lo percibieron como un acto de corrupción. Tanto es así, que en 1939 el Consejo Deliberante de la Capital Federal sancionó una ordenanza para demoler el Obelisco, construido por la empresa alemana Siemens Baunion, por presuntas deficiencias en su construcción. La ordenanza no fue puesta nunca en práctica, pero el episodio, que empañó la edificación de la obra más emblemática de la capital del país, reflejaba el lugar central de la corrupción en la vida política de los argentinos. Pero no solo de los argentinos: ya en su edición del 22 de mayo de 1890, *The Times* decía: "Hay una magnificencia en esta escala de deshonestidad que debe excitar la envidia de más de un corrupto en el Viejo Mundo".

En este sentido, Joaquín V. González, en un texto escrito para *LA NACION* en 1910, hacía referencia a una constante histórica (en lo que hoy llamaríamos cultura política argentina), a la que denominó la ley de la discordia: "La lucha facciosa, el caudillismo, y los negocios de gobernantes y políticos que para atraer un mayor número de votantes transforman para la ocasión electoral multitudes mendicantes en ciudadanos *ad hoc*". A su modo de ver, era la inmadurez cívica del pueblo lo que hacía posible este tipo de prácticas.

En contraste, Hipólito Yrigoyen proyectó una imagen de apóstol laico, una suerte de restaurador de las virtudes morales y políticas. En su condición de profesor de Filosofía (daba clases en un colegio secundario) Yrigoyen fue influido por un filósofo alemán, Karl Cristian Krause (más citado que leído), a quien conoció a través de sus discípulos españoles, en especial Francisco Giner de los Ríos (eran los años de auge del krausismo en España). Se trataba de una mirada que concebía la política como una rama de la moral. Por eso el lenguaje empleado por los radicales yrigoyenistas tiene un parecido de familia con la filosofía moral más que con la sociología. Esta concepción era acompañada de la predicación de un rigor ético escrupuloso que se traducía en el léxico radical, por ejemplo, la expresión "conducta, correligionario".

En consonancia con esta perspectiva, el radicalismo privilegió más la educación moral que la intelectual y su crítica a la moralidad utilitaria era percibida como la contracara de la degra-

dación de la política. Por consiguiente, enfatizaba un enfoque moralizante de los problemas económicos. Esto tendió a promover la idea extendida en el tiempo que supone que los radicales no entienden nada de economía y tuvo quizá una expresión simbólica acorde con ese imaginario en la célebre frase de Juan Carlos Pugliese, ministro de Economía en los últimos meses del gobierno de Raúl Alfonsín, tras su reunión con los empresarios, en 1989: "Les hable con el corazón y me contestaron con el bolsillo".

Por cierto, el clivaje moral que proyectaba la cultura política radical no fue suficiente para impedir, durante la presidencia de Yrigoyen, prácticas similares a las de los conservadores. Cabe recordar que los socialistas de las primeras décadas del siglo englobaban a radicales y conservadores en el marco de la "política criolla", signada por el caudillismo, el clientelismo y la competencia por el uso faccioso de los dineros públicos. Pero la cuestión ética fue una constante en la cultura política de la UCR. En este sentido hubo dos momentos en el siglo XX donde este código de valores asomó con fuerza renovada: durante las presidencias de Arturo Illia y de Alfonsín.

La cultura política peronista tuvo un punto de partida distinto, porque, ¿cuál era la mirada de

Perón sobre las relaciones entre política y corrupción?

Parte de la respuesta la encontramos en las clases que Perón dictó en la Escuela Superior Peronista en 1951, que fueron editadas por primera vez al año siguiente con el nombre de "Conducción Política". Evocando a Napoleón, Perón definía al conductor perfecto como un cuadrado: "Los valores morales son la base; los intelectuales la altura". Y añadía: "Cuando se le van los valores morales (...) y no dejaba macana por hacer". Por eso, el conductor debe tener "una conducta honrada", aún en conflicto con sus tentaciones: el conductor debe ser un "ser moral". Pero, a diferencia de la cultura radical, la apelación a la honradez está mediatizada por el realismo político, más aún, por cuestiones tácticas: el conductor puede mentir, pero no puede decir la primera mentira, no puede cometer "la primera falsedad ni el primer engaño".

Pretender que los hombres sean perfectos, sería "pretender lo imposible", decía Perón, pero la organización debía ser perfecta a pesar de los defectos de los hombres. Didácticamente, señalaba: "Cuando construimos una pared no nos fijamos de que están hechos los ladrillos, y solamente vemos si la pared nos cubre y el techo nos abriga. No pensamos que en los ladrillos se utilizan materiales como el barro y el estiércol". Para Perón, la corrupción es un hecho individual que la conducción estratégica no justifica pero que tampoco considera posible evitar totalmente. Los corruptos son repudiables, pero se los puede tolerar en la medida que sean funcionales al objetivo final, "a construir la casa", en la metáfora de Perón. Esta metáfora de la casa y los ladrillos suponía legitimar un espacio de ambigüedad en aras del éxito político.

En contraste con peronistas y radicales, la nueva derecha argentina postula una "sociedad de mercado"; en otras palabras, la mercantilización de todas las relaciones sociales. Dado que la corrupción es un mecanismo que transforma leyes, derechos y deberes en mercancías, cabe preguntarse entonces, si este ideal, presente en la matriz anarco-libertaria de nuestros días (ideal que excede con creces la defensa de las economías de mercado corrientes en Occidente) no puede operar como un tope con potencialidad para devorar la lógica del Estado de Derecho y naturalizar la privatización de la política. ■

Doctor en Historia, director de la Maestría en Partidos Políticos de la Universidad Nacional de Córdoba

La cuestión ética asomó con fuerza renovada durante las presidencias de Arturo Illia y de Alfonsín

Para Perón, los corruptos son repudiables, pero se los puede tolerar si son funcionales al objetivo final

PERSONAJES —

Nacido en Escocia, el creador de Mary's Meals, una premiada ONG que trabaja sobre todo en África, defiende la escolaridad como vía de salida de la pobreza

Magnus MacFarlane-Barrow.

«El mundo produce alimentos como para que todos podamos comer»

Elisabetta Piqué
LA NACION

ROMA
Soplan en el mundo vientos de involución y de caos, con líderes populistas que cierran fronteras, levantan muros y recortan drásticamente los fondos de las organizaciones que ayudan a millones de seres humanos víctimas de hambrunas, conflictos, violencias y otros desastres. Pero hay personas que no bajan los brazos ni pierden la esperanza. Una de ellas es Magnus MacFarlane-Barrow, escocés de 57 años que hace más de dos décadas creó Mary's Meals, organización que comenzó alimentando a 200 estudiantes en Malawi. Y que, gracias a donaciones privadas y la ayuda silenciosa de muchos, se convirtió hoy en un movimiento global que todos los días da de comer, en la escuela, a más de 2,5 millones de niños de las zonas más pobres y castigadas del planeta (Malawi, Liberia, Zambia, Zimbabwe, Haití, Kenia, India, Sudán del Sur, Uganda, Etiopía, Benin, Líbano, Siria, Ecuador, Madagascar y Mozambique).

Por su labor humanitaria, *Time* nombra a MacFarlane-Barrow una de las personas más influyentes del mundo en 2015, y fue declarado "Héroe del Año" por CNN en 2010. Entre otros reconocimientos, le concedieron el Premio Princesa de Asturias de la Concordia en 2023.

Mary's Meals no solo da de comer a los niños que van a la escuela, sino que enseña a las comunidades locales a gestionar esta tarea en forma independiente, cuenta MacFarlane-Barrow durante una entrevista con *LA NACION* en Roma (donde participó de la cumbre de líderes sobre derechos de los niños convocada por el papa Francisco a principios de febrero). "Además, en lo posible la comida es preparada con alimentos cultivados localmente, algo que ayuda a las familias a relanzar la economía local", explica.

Por otro lado, destaca que en algunos países por primera vez Mary's Meals comenzó a retirarse de algunas escuelas, pasando la posta a jóvenes que en el pasado fueron alimentados, educados y formados por la ONG, y que ahora se han vuelto líderes. "Ese es nuestro objetivo de largo plazo", subraya.

En los Balcanes

La historia de cómo, por una serie de experiencias que fueron marcando su vida (casualidad, providencia divina o "milagro"), nació Mary's Meals es extraordinaria. Nacido en Aberdeen, Escocia, en 1968, MacFarlane-Barrow comenzó como piscicultor, criando salmones en una empresa familiar. Pero todo cambió para él en 1992 cuando, tras estallar la guerra en los Balcanes, comenzó a hacer una campaña de recolección de alimentos en su pueblo junto a su hermano Fergus y a Julie, una enfermera que luego

se convirtió en su esposa y madre de siete hijos. Llevó luego toda esa ayuda en camiones a Medjugorje, Bosnia-Herzegovina. Entonces, amén de ser testigo de la miseria de la guerra y de vivir diversas aventuras, quedó impactado con la respuesta de la gente, que con gran generosidad donaba alimentos, ropas y otros artículos. Las cajas con la ayuda colmaban un galpón de la casa de sus padres. Fue así como renunció a su trabajo y comenzó a dedicarse a distribuir ayuda, primero con Scottish International Relief. Años más tarde, cuando viajó a Malawi, uno de los países más pobres del mundo, marcado por la hambruna,

inesperadamente le surgió la idea de crear Mary's Meals.

"En Malawi encontré a una madre viuda que se estaba muriendo de sida, rodeada por sus hijos. Cuando le pregunté al mayor de ellos, Edward, cuál era su sueño, me respondió que era tener comida y poder ir a la escuela un día", evoca. Esas palabras, dichas por ese chico en una oscura choza en forma solemne mientras afuera un sol abrasador partía la tierra, fueron el disparador de Mary's Meals. Un proyecto que MacFarlane-Barrow, católico practicante, tenía latente en su corazón y cuyo nombre está inspirado en María, madre de Jesús.

La misión de esta organización benéfica es simple: "Que todos los niños reciban una comida diaria en la escuela, y que todos aquellos que tienen más de lo que necesitan lo compartan con aquellos que no tienen acceso ni a las cosas más básicas". Algo no imposible.

"Creo que hay algunos mitos que se comparten comúnmente, como que no hay suficiente comida en el mundo, que hay demasiados niños, demasiada gente. Pero está claro que, a pesar de los desafíos muy reales que enfrentamos hoy, vivimos en un mundo abundante. Producimos alimentos más que suficientes para que todos comamos

por eso el hambre es un escándalo que clama al cielo, como suele decir el papa Francisco", señala. "Por eso, uno de los desafíos es tratar de ayudar a la gente a pensar en los millones de niños pobres que mueren de hambre todos los días, algo más que difícil en este momento en el que la gente se siente muy asustada y está cada vez más concentrada en sí misma", agrega, en alusión a la nueva derecha populista en auge en muchas partes del globo. "Aunque no es imposible. La mayor enseñanza que me ha dado esta experiencia es lo buenas que son la mayoría de las personas. Pude ver en vivo y en directo la bondad innata de las personas, siempre", destaca.

¿Qué piensa del hecho de que el flamante presidente estadounidense, Donald Trump, haya cortado los fondos destinados a agencias humanitarias? "No entiendo mucho de política — responde —. Lo que puedo decir es que nosotros no recibimos fondos gubernamentales. Pero es verdad que muchos gobiernos de países ricos están recortando la ayuda, algo que, por supuesto, tiene un impacto devastador cuando, como ahora, el hambre infantil está aumentando nuevamente".

Letty, un ejemplo

Esta realidad está lejos de hacer mella en el entusiasmo de MacFarlane-Barrow. "Por supuesto se trata de algo triste, pero a la vez quisiera insistir en que, al mismo tiempo, vemos muchos ejemplos de cosas que sí están funcionando y que deberían ser una fuente de esperanza — dice —. La semana pasada, por ejemplo, estuve en Malawi, donde la situación es terrible, pero al mismo tiempo me encontré con Letty, una niña que conocí a los 12 años y que nunca habría entrado a un aula si no hubiera sido por la comida de nuestra organización. Era una niña huérfana que cuidaba a sus dos hermanos menores en circunstancias extremas. Estaba desnutrida y nunca había pisado una escuela. Su realidad era desoladora. Al principio los maestros pensaban que Letty jamás iba a poder aprender, pero con el tiempo resultó una muy buena estudiante, terminó el secundario y hoy es una joven con cualidades de liderazgo que, además, quiere ser periodista".

El de Letty no es un caso aislado. "Hay miles de casos como el de ella en nuestra organización. Gracias a la educación, los niños se vuelven jóvenes adultos con determinación para mejorar las cosas en sus países. Por eso, si bien admito que es triste ver cómo marchan las cosas en el mundo, donde parece haber ahora una cierta involución, nosotros seguimos más que entusiasmados y esperanzados", resalta.

En América Latina, Mary's Meals solo tiene presencia en Ecuador, aunque la organización ha recibido pedidos de varios países del continente. "Hoy no tenemos grandes programas en América Latina y hay una razón para eso. Cuando hacemos la evaluación de necesidades, cuando miramos las estadísticas, queremos estar en los lugares más pobres. Y eso nos sigue trayendo de regreso a África. Pero sabemos que hay necesidades urgentes en ciertas partes de América Latina, así que probablemente sea algo lo que debemos prestar atención a medida que avanzamos. Una idea que vale la pena evaluar es, en última instancia, compartir el modelo para que estos tipos de programas de alimentación se puedan replicar en la región. Pero tal vez también se pueda intentar recaudar fondos dentro de América Latina", señala. "Quizás también en la Argentina, país que me fascina, donde nunca estuve y adonde me encantaría ir". ●



Magnus MacFarlane-Barrow, en Malawi, donde dio inicio su proyecto

MARY'S MEALS

LITERATURA —



Krister Henriksson, como Wallander, en la serie inspirada en las novelas de Mankell

ARCHIVO

Detectives célebres. La novela policial, radiografía de sociedades en crisis

Simenon, Mankell o Camillieri hicieron algo más que entretener a sus lectores; en esa línea, Padura, Márkaris y Cercas retratan La Habana, Atenas y Barcelona

Tomás Linn
PARA LA NACION

Parece un género liviano, de factura sencilla, y sin embargo grandes autores incursionaron en él. Me refiero a las novelas policíacas, las seriadas, donde un mismo personaje central investiga en cada libro. Muchas son joyas literarias que a la intriga le suman fieles retratos de la sociedad en que ocurren, la forma en que se vive, sus problemas políticos, sociales y económicos.

La lista de este género es larga y su origen remoto. Del escritor belga Georges Simenon se hizo famoso el comisario Maigret, con su pipa y subombin. O Sherlock Holmes, peculiar personaje desarrollado por Arthur Conan Doyle, que retrata la era posvictoriana británica.

Envuelto en una bruma surrealista, el Padre Brown, un cura católico en un país anglicano, creado con especial maestría por G.K. Chesterton (él mismo un católico converso), investiga casos terribles y oscuros, resueltos gracias a que el sacerdote está acostumbrado a escuchar pecados en la confesión y entiende como actúa el mal.

Populares fueron, y siguen siendo, las novelas de Agatha Christie enmarcadas en el estilo del *whodunit* (quién lo hizo) y donde presento dos legendarios personajes, la saga Miss Marple y el antídoto detective belga Hercule Poirot. Mas acá el género reforzó su presencia y son varios los autores que han creado investigadores perspicaces, a veces de mal talante, cargados por sus dilemas existenciales.

Pepe Carvalho, del español Manuel Vázquez Montalbán, resuelve entuertos en España a la vez que refleja la situación política en la etapa del retorno democrático. Comunista perseguido por el franquismo, contradictorio, desencantado de su pasado, Carvalho trabajó un tiempo con la CIA para convertirse en un investigador privado, de buenas lecturas, vasta cultura, con dotes culinarias y fino paladar.

Está la entretenida serie creada por el exquisito Andrea Camilleri, con el comisario Salvo Montalbano y su leal equipo de oficiales. Al afrontar cada caso sus libros revelan los modos de vida, el habla, el estilo y hasta los gustos gastronómicos de la sociedad siciliana.

Llevado a la televisión al igual que Montalbano, Kurt Wallander, del sueco Henning Mankell, es un inspector sensible y taciturno, que disfruta escuchar opera en soledad. Es sutil y los crímenes que aclara se relacionan a temas que aquejan a la sociedad sueca: las drogas, la xenofobia, el nazismo, las sectas, las fallidas políticas sociales.

Más allá de esta lista, que podría seguir, quiero detenerme en tres autores, buenos ejemplos del estilo de novelas y el desarrollo de personajes a los que me refiero.

Una Cuba degradada

Un primer caso es el del cubano Leonardo Padura y su personaje Mario Conde, un oficial de policía eficaz y atento que seguirá investigando casos desde sus nuevos ofi-

cios, entre ellos el de la compraventa de libros viejos. Es un personaje solitario, desordenado, bebedor de ron, cuyo desencanto ante la realidad que lo rodea crece con el paso del tiempo (en las sucesivas novelas). Conoce bien los vericuetos de La Habana y su refugio son sus amigos de siempre que se reúnen con frecuencia. Lloran la vida que les tocó pero celebran una hermosa e inquebrantable amistad.

Padura ha sido cauteloso en lo político, aunque crítico del régimen. No tiene la militancia de los disidentes más notorios, tan duramente perseguidos. Sus novelas no hacen menciones directas a la cúpula cubana, pero muestran la vida cotidiana, las necesidades y la asfixia, el deterioro social que se agudiza en forma dramática con el paso de los años, donde siempre un burocrata del partido se involucra en algún chanchullo. No ejerce su crítica al régimen desde lo ideológico, sino mediante las penurias diarias que narra en sus novelas.

Algunos disidentes lo cuestionan por esa actitud, pero el rol que decidió cumplir es eficaz.

Otras novelas suyas (por fuera del personaje de Mario Conde) son abiertamente más críticas del régimen y a su concepción estalinista, como *La novela de mi vida* (2002) o *El hombre que amaba a los perros*, (2009), un extraordinario relato sobre Trotsky y el personaje que lo mató en México, Ramón Mercader.

Padura vive en el barrio de toda su vida en La Habana. Sus libros no

se venden en Cuba y el gobierno se encarga de ningunearlo. Pese a ello salió del país en varias ocasiones, una para recibir el prestigioso premio "Princesa de Asturias" que se otorga cada año en Oviedo.

Grecia, tumultuosa

El otro novelista al que me quiero referir es el griego Petros Márkaris y su interesante personaje, el comisario Costas Jaritos. Márkaris nació en Turquía de padre armenio y madre griega. Hizo la secundaria en Estambul, estudió economía en Grecia, Alemania y Austria. Tradujo varios autores alemanes al griego: Bertold Brecht, Thomas Bernhard y el Fausto de Goethe y finalmente se afincó en Atenas.

Su personaje es un hosco comisario de la Policía ateniense, competente aunque con un estilo muy personal. Empezó su carrera durante la dictadura de los coroneles, cosa que no le enorgullece. Allí conoció a un preso político de izquierda, Zisis, que a lo largo de las novelas será una permanente fuente de consulta tanto para aclarar sus casos, como para enfrentar sus dilemas familiares. Con su esposa Adriani (otro personaje relevante) vive en permanente discusión, pero en el fondo se quieren y apoyan.

Jaritos tiene una particular debilidad por su hija, Katerina, estudiante de Derecho en las primeras novelas y luego consolidada abogada: su marido es el médico cardiólogo del propio Jaritos. La familia importa en esta serie. Y Atenas es

un personaje más. Jaritos la recorre en su auto y describe cada congestión avenida con una precisión que supera a un GPS.

La historia reciente de Grecia está resumida en sus novelas porque los casos remiten a cada momento político. Desde las controversias por las obras para los Juegos Olímpicos, pasando por la crisis económica y la tensión con Alemania, con recortes de sueldos y brutales ajustes a las finanzas familiares (esto muy bien narrado), hasta una recuperación que no es tan clara ni tan santa. En los relatos se ve la presencia de los inmigrantes (muchos de Europa Oriental), la compleja relación entre la política y la empresa, el regreso de inversiones de dudoso origen pero que mejoran la vida cotidiana, los vericuetos en los sindicatos y la academia, la corrupción y la desidia.

La élite barcelonesa

Por último está Javier Cercas, un extremeño que creció y se formó en Cataluña aunque no se siente nacionalista. Se hizo conocido con la novela *Soldados de Salamina* y su visión nada trillada y honesta sobre lo que significó la Guerra Civil. Entre sus obras notables está *El impostor*, que narra la vida de un personaje real, un catalán que se hizo pasar por sobreviviente de los campos nazis, dictó conferencias, concedió entrevistas y recibió distinciones hasta ser desenmascarado en 2005.

Anatomía de un instante, mezcla de ensayo y crónica, aborda el frustrado golpe del 23 de febrero de 1981, el 23F. El "instante" para Cercas es cuando Adolfo Suárez, Gutiérrez Mellado y Santiago Carrillo, en lugar de esconderse debajo de los escaños de las Cortes, se mantienen erguidos en sus asientos y hacen frente a la balacera de los golpistas encabezados por Tejero.

Cercas es un novelista original, despreñado de prejuicios y que también incursionó en la novela policial con un personaje central. Es una trilogía reunida bajo el nombre de *Terra Alta*, que así se llama el primer libro, seguidas por *Independencia* y *El castillo de Barbazul*.

El personaje es Melchor Marin, un joven policía al que envían desde Barcelona a una comisaría de una alejada zona de Cataluña para protegerlo de cualquier intento de venganza, ya que con una audaz acción policial desbarató a un grupo terrorista. Es un lector voraz que hurra libros en la biblioteca del pueblo, se casa con la bibliotecaria y es padre de una niña llamada Cosette, como la hija del protagonista de su novela favorita, *Los miserables*.

Marin es un policía implacable con un fuerte sentido de la justicia y la moral. Los casos que debe resolver son crímenes horribles, por lo general ocurridos en el estrato más alto de la sociedad catalana. Persiste un trasfondo político que se ve con claridad en la segunda novela (*Independencia*), cuando a raíz de un chantaje con un video sexual a la alcaldesa de Barcelona se vislumbra que, más que el objetivo de cobrar un rescate en dinero, hay un intento de desestabilización política. Cercas hurga en ese mundo de la élite política y empresarial, no tan honesta ni transparente, donde abunda el cinismo, la ambición y la corrupción junto a su radicalismo independentista. Sus libros son un retrato demoleedor de una élite de Barcelona conectada con los movimientos secesionistas.

Estas novelas, desarrolladas sobre la base de detectives cuyas personalidades seducen al lector, entretejen ficción con una fotografía crítica de hechos o situaciones reales. Así, estos autores transforman a sus libros en una crónica del tiempo que les tocó vivir a sus personajes. ●

LECTURAS —



Generaciones

Un padre y un hijo a través del tiempo... y los coches

En *Estoy enamorado de mi auto*, Fernando García explora en tono de crónica el vínculo con la figura paterna, entre lo íntimo y lo público, lo subjetivo y las marcas de época

Gabriel Sánchez Sorondo
PARA LA NACION

Cada padre es muchos: el coloso inalcanzable que miramos desde el bajo de la infancia, el frecuente titular de autoridad —por ende adverso— que confrontamos en la adolescencia y, finalmente, el hombre que va envejeciendo por delante nuestro en la adultez compartida. Sin duda habrá otros, pero esos tiempos y perspectivas marcan intensidades —valga aquí la analogía— que remiten a la caja de cambios: en primera estamos ante la fuerza total aunque breve; en segunda, ante la transición ineludible; en tercera, a un ritmo apto para reaccionar a las asperezas del camino abierto. De todo eso trata *Estoy enamorado de mi auto*, en cuya prosa brillan postales de una relación que despierta empatía.

"I'm in Love with My Car" —la canción que en español da título al volumen— corresponde al lado B de un single lanzado en 1975 por Queen, banda que seis años después daría el primer superconcierto de rock en la Argentina. Hablamos del siglo pasado y, en consecuencia, de infancia y juventud del autor, período subjetivo (que probablemente abarque también a gran parte de sus lectores), época en la que el padre importa, encarna potestad, sapiencia y el poder al que solemos confiar.

Aquella influencia paternal inicialmente absoluta que decrece con los años —y persiste, e incluso puede agigantarse tras la muerte— es la que explora Fernando García, en este caso mediada por el mundo del automóvil: vehículo narrativo, motor y lenguaje de sus páginas donde laten desencuentros ínfimos y a la vez mayúsculos: "Le pedí que me trajera *Almendra en Obras*, el álbum que se había editado del concierto reunión al que no me dejaron ir. Y volvió (...) con un disco simple. 'Esto no es Almendra, pa!' le dije atisbando apenas la funda. 'Pero sí, el vendedor me dijo que era el nuevo. Ponelo en el equipo'. No hizo falta. El disco era el simple de 'Bobby mi buen amigo' un jingle que Poggy Almendra había escrito para el 'Operativo Sol'. La canción esa que se sigue cantando en la cancha con la letra intervenida".

La sagrada trinidad padre-auto-hijo (¿triángulo de hierro?) tiene algún antecedente literario, pero el asunto padres e hijos está a otro nivel; constituye casi un subgénero milenario en perenne reformulación. Desde el *Edipo Rey* de Sófocles, pasando por el *Hamlet* de William Shakespeare, *Padres e hijos* de Iván Turguénev, *La invención de la soledad* de Paul Auster, *La muerte del padre* de Karl Ove Knausgård (primer tomo de la hexalogía autobiográfica *Mi lucha*) o *Patrimonio* de Philip Roth, y entre nosotros *Un padre extranjero* de Eduardo Berté o el reciente *El secreto de Marcial*, de Jorge Fernández Díaz, hablar del padre —los ejemplos sobran— parece uno de los mejores caminos para hablar de uno mismo.

Y así como la patria es la lengua, cada padre es también un país. En este caso el vínculo, signado por la hispánica figura patriarcal, concita el inevitable —necesario— choque, pese a todo, tan hiriente como amoroso. Entonces, la voz del autor y periodista argentino fluye en un registro relacional muy distinto al que plantea, por ejemplo, "Retrato de un hombre invisible"

(primera parte de *La invención... de Auster*).

Si el estadounidense procura reconstruir ciertos lazos desdibujados tras "un individuo oculto" (así describe a su padre), ese intento parece carecer de puentes históricos, de guiños, de huellas materiales: "No hay nada tan terrible como tener que enfrentarse a las pertenencias de un hombre muerto. Los objetos son inertes y solo tienen significado en función de la vida que los emplea". García, en cambio —en dirección inversa, e inversa proporcionalidad— tiende conexiones inagotables de identidad y localia; cohabita, vivencia, respira de cerca el espacio de su ascendiente, ese eterno vendedor de autos usados que instaló con el códigos varios: "Papá nunca me preguntaba por la salud, el dinero o el amor. Por mi hija osunista. La conversación siempre empezaba con cuatro palabras de rigor, expresadas con particular entusiasmo, a mitad de camino entre la pregunta y la exclamación: '¿cómo anda la máquina?'. La máquina no era el sexo (...). La máquina era el auto".

Fernando García, narrador ágil, alternativamente irónico, nostálgico, ferviente evocador, maneja con destreza la ósmosis de la crónica: entra y sale de lo íntimo a lo público, sobrevolando entornos familiares y barriales de carácter reconocible, exhalando espesa porteñidad. A tono con la "argentinidad al palo" de este lazo, *Estoy enamorado de mi auto* incluye un insert en papel de ilustración que confirma la semiosis. En la reproducción de piezas gráficas publicitarias refulgen insignias criollas que ornaron nuestro firmamento automotriz: el mítico Torino de Industrias Kaiser, la voluptuosa coupe Chevy ("La gran tentación"); el Fiat 600 ("único chico que pica a lo grande") la F100 ("Pick up que solo le gusta a la mayoría") entre otras perlas de la comunicación concebidas por creativos redactores.

Como el ruso Turguénev (contra todo rasgo aspiracional, lo eslaviano siempre será más argentino que anglosajón) García da cuenta de dos cosmovisiones que enmarcan la colisión en términos culturales. En el hijo, el rock, el arte, la literatura, la pregunta. En el padre, la mecánica, el funcionamiento lineal de las cosas, lo unívoco: la certeza. Y, entre ellos dos, un nexo que devuelva al título: "I'm in love"... himno a la sensualidad maquina; tema del baterista Roger Taylor que el frontman Freddy Mercury se negaba a grabar por encontrar ordinaria tamaño "oda a la máquina" y al sexo (los rugidos del motor que se escucha en la pista son del propio Alfa Romeo de Taylor, cuya letra juega al doble sentido).

"Pensaba que habías vuelto, al fin, después de tanto morir" le dice Fernando a su padre tras recordarlo en un sueño. Es que el asunto de ser hijo va y vuelve hasta lo irreversible, hasta la despedida, cuando todo lo pendiente se convierte en impotencia. Cómo sobrevivir a la vida adulta y huérfana sin quien fue cielo y suelo, esa cuestión subyace en esta historia, que fluctúa también entre lo viejo y lo nuevo. Entre aquello alternativamente feliz o lo contrario. Historia, al fin y al cabo, sobre todos los padres, el padre: una evocación que irradia resonancias y sólo puede contar un hijo. ●



Estoy enamorado de mi auto
Fernando García
Planeta
272 páginas
\$ 28.900



La muerte del padre
Karl Ove Knausgård
Anagrama

RESEÑAS —



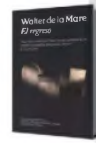
Ven a bailar conmigo
Russell Hoban
Siglo
Trad.: A. Palet
176 páginas
\$ 20.000



Botánica para comer
Joaquín Ais
Siglo XXI
224 páginas
\$ 19.990



Notas selectas
Luc Moullet
Monte Hermoso
Trad.: Cecilia Nuin
406 págs.
\$ 33.500



El regreso
Walter de la Mare
A. hache
Trad.: Jorge Salvetti
352 páginas
\$ 24.900

Un fulgor fantástico en plena realidad

Tomás Villegas
PARA LA NACION

Recostada en sus laureles, la realidad tiene el hábito de pecar de holgazanería. A diferencia del destino, que de acuerdo con cierto escritor gusta de acmetrias y repeticiones simbólicas, aquella requiere de individuos fuera de lo común para, cuanto menos, volverla extraña, forzarle un chispazo que denuncie el tibio fulgor fantástico que, tal vez, esconda en sus entresijos.

Christabel Alderton tiene cincuenta y cuatro años; vive en Londres, lidera una banda de rock gótico de relativo éxito y cree ser dueña de un don maldito: sus premoniciones avizoran muerte. Dice cargar con una fatídica mala suerte y, por tal razón, distanciarse de afectos que podrían ser significativos. Christabel es, sin duda, uno de esos individuos capaces de contorsionar la realidad; de vislumbrar en su entramado una constelación de signos —aunque terribles, aunque funestos— que la cargan de sentido y fantasía. Un personaje, a fin de cuentas, que logra convertir el estado de cosas en estado de incertidumbre. Una buena poesía la transporta a una realidad más vivida que la que transmiten "las noticias de la tele". Y junto a Elias Newman, un médico de sesenta y dos años, cultivado en una interesante educación sentimental, son la pareja protagonista de *Ven a bailar conmigo*, novela del estadounidense instalado en Inglaterra Russell Hoban (1925-2011) publicada en 2005.

La novela, como toda historia amorosa, narra las peripecias de estos dos personajes que son, en principio, desconocidos. Un día supuestamente como cualquier otro se cruzan en una exposición de la Royal Academy of Arts. Obnubilada por *El ciclope*, un cuadro de Odilon Redon, Elias la descubre abstraída y fascinada. Ignorante —no podría no serlo— de las dolorosas y personales articulaciones afectivas que la pintura propicia en ella, se aferra al deseo que, poco a poco, se despierta en él para ir acercándose a ella.

A no confundirse, sin embargo. Hoban no se propone un viaje melancólico ni terrorífico; sabe cómo irradiar la historia y, sobre todo, la personalidad atravesada de Christabel, de un humor constante, sembrando su vez, aquí y allá, en el vínculo entre ellos, una serie de entrecruzamientos que parecen obedecer a algo más que a la mera casualidad. A pesar del tiempo inquietante que ingresa en la historia con ciertos personajes y escenarios —la invasión estadounidense a Irak, colaboración inglesa mediante—, lo cierto es que la dupla protagonista se siente, a su modo, fuera de tiempo, y, en cierto sentido, fuera de orbita. Más allá de un mundo regido por intereses cada vez más mezquinos y obstinado en su autodestrucción, más allá de la realidad ramplona y los contextos sociopolíticos que auguran un futuro triste e injusto, dar la pata indicada —estos, armarse al insostenible corazón del otro, sin seguridades de ningún tipo—, luce como el arroyo fantástico por excelencia. ●

Los humanos, los vegetales y la alimentación

Gustavo Santiago
PARA LA NACION

El incremento de la tendencia hacia una alimentación basada en plantas es un fenómeno global, que incluye países con tradición en alto consumo de carnes como el nuestro. Estos nuevos patrones alimentarios cubren un amplio abanico que va desde los veganos, que no consumen ningún producto de origen animal, hasta los flexitarianos que tienen una alimentación preferentemente vegetal y solo muy ocasionalmente consumen carne.

Como sucede con otras elecciones de vida, quienes las asumen suelen verse en la incómoda situación de tener que dar cuenta de ellas. Entre las justificaciones más usuales encontramos planteos éticos concernientes al maltrato animal, adhesión a normas religiosas, o, simplemente, cuestiones de salud. Algo común a estos discursos —incluyendo la mayor parte de la bibliografía generada al respecto— es su aspecto negativo. Lo que se intenta explicar no es por qué se opta por preferir una alimentación con predominio o exclusividad vegetal, sino por qué se deja de lado la carne animal. De ahí el interés que despierta la aparición de un libro como *Botánica para comer* del licenciado en Ciencias Biológicas (UBA) Joaquín Ais, orientado a entender las particularidades del vínculo entre humanos y vegetales consumado en la alimentación.

El texto se inicia con un panorama sobre la importancia de los vegetales en el desarrollo de la vida en nuestro planeta y continúa con una descripción de la estructura de las plantas que anticipa el contenido de los capítulos siguientes: particularidades de algunas raíces, frutos, flores y semillas relevantes tanto desde una perspectiva biológica como gastronómica.

Mencionemos, a modo de ejemplo, el capítulo dedicado a las raíces, tallos y bulbos, donde las papas ocupan un lugar destacado. Probablemente todos hayamos escuchado que si alguien necesita bajar de peso le conviene evitar las papas. Pero, ¿por qué? Ais nos recuerda que la papa es un elemento de reserva energética de la planta. "Si la moneda energética molecular que produce el proceso fotosintético es la glucosa —afirma el autor— el almidón no es más que una especie de collar compuesto por eslabones de glucosa. Es decir, una gran cadena de azúcares, con alta capacidad energética y calórica". La papa almacena energía para su propia planta, no para un comensal. Es más, genera mecanismos de protección que le dan sabor amargo para que los animales que den con ellas no se vean tentados de comerlas. Es el proceso de cocción lo que vulnera esas estrategias defensivas poniendo a disposición del ser humano esa reserva de energía. Es decir, la culpa —del exceso de ingesta energética— no es de la papa, sino del que se la quiere comer.

Botánica para comer es una muy lograda invitación a ingresar de un modo consciente en el variado y complejo mundo de las plantas. ●

Irreverentes escritos sobre cine

Mariano Vespa
PARA LA NACION

"Toda buena película engendra un enfoque crítico específico", escribe Luc Moullet (Paris, 1937) en el prólogo a *Notas selectas*. De Griffith a Guiraudie, que recopila casi siete décadas de escritura analítica e irreverente sobre cine. Aunque relativice sus primeros trazos, Moullet rápidamente se perfiló como un "benjamin" en la constelación de la Nouvelle Vague donde sus maestros (Truffaut, Rivette o Godard) hacían de la tensión entre lo visible y las potencialidades de la escritura. La misma práctica o discusión colectiva impulsó sus incursiones cinematográficas: después de sendos artículos, Godard lo recomendó para conseguir fondos para un cortometraje y Sam Fuller accedió, después de una pieza que recrea los movimientos de cámara con los pasos del detective Marlowe, a participar de su primer largo, *Brigitte et Brigitte*.

Los rastros de admiración y efusividad perviven, y a la vez se entremezclan con tintes lúdicos y corrosivos, en una voz solitaria que disfruta de estar en el cine, pero no pierde de vista toda su complejidad. Tanto en las semblanzas, un corpus diverso que va desde John Ford, Raúl Ruiz hasta el "fanfarrón" Almodóvar, como en el análisis técnico y narrativo —basta leer la precisión con la que desmenuza *El ángel exterminador*, de Buñuel— o en la descripción de las dinámicas de los festivales y las salas, pervive una lectura siempre joven que ubica al cine no solo como apuesta estética, sino como carácter formativo. Estas *Notas selectas* son mucho más que una referencia bibliográfica esencial: son una compañía o un intervalo en un presente en que las imágenes abrumen. ●

Una identidad fantasmal, clave del suspenso

Marcelo Sabatino
PARA LA NACION

El inglés Walter de la Mare (1873-1956) fue uno de esos autores a caballo de dos siglos que diseminaron su talento poligráfico en muchos rubros. Escribió versos y relatos para chicos, y versos para adultos, y una gran cantidad de cuentos, incluso de hadas, y también un sexteto de novelas, que cuenta entre sus filas la sinuosa *Memorias de una enana*.

Además, como muestra *El regreso* (1910), dentro del terreno de la fantasía, cultivó como era moda entonces los tumbos del terror psicológico, los hoy llamados *weird tales*.

El estilo de De la Mare es refinado y —en los términos de hoy— de adjetivación y descripciones algo "largueas", pero en esas demoras minuciosas está justamente su encanto. Tal vez por eso lo admirara tanto Lovecraft. Y tal vez por eso contar el argumento de *El regreso* sería una contradicción: jamás podría reflejar la originalidad y cadencia de su suspenso.

Arthur Lawson —solo para plantear el disparador—, un individuo más "bien aburrido y sin gracia", según como se ve a sí mismo, deambula al atardecer por un cementerio. Le llama la atención una tumba de un suicida con nombre francés, intenta observar por la grieta y se adormece.

Al volver a casa sigue siendo el mismo —se siente mejor, más ligero de espíritu— pero horrorizado descubre que su rostro ha cambiado y físicamente es otro. Lo primero será cearse con su mujer, Sheila, y después con el resto de lo que lo rodea, en una trama morosa, de acción escasa, donde la identidad ocupa de manera magistral el centro del enigma. ●

Best Seller

FICCIÓN

1° El buen mal, de Samanta Schweblin. Random House. \$ 24.999 (3 semanas en lista)

2° La vegetariana, de Han Kang. Random House. \$ 19.999 (20)

3° El secreto de Marcial, de Jorge Fernández Díaz. Destino. \$ 24.900 (4)

4° Demasiado lejos, de Eduardo Sacheri. Alfaguara. \$ 35.999 (2)

5° Blackwater I: La riada, de Michael McDowell. Blackie Books. \$ 14.999 (23)

NO FICCIÓN

1° La felicidad, de Gabriel Rolón. Planeta. \$ 35.000 (68 semanas)

2° Este dolor no es mío, de Mark Wolynn. Gaia. \$ 32.900 (62)

3° Hábitos atómicos, de James Clear. Booket. \$ 22.900 (48)

4° Meditaciones, de Marco Aurelio. Reverte. \$ 13.948 (3)

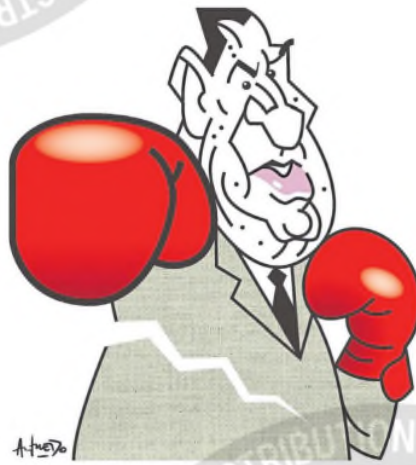
5° No entender, de Beatriz Sarlo. Siglo XXI. \$ 22.000 (2)

Librerías consultadas: Cúspide, Santa Fe, El Areneó y Yenny (Capital, Gran Buenos Aires e interior).

— LA PARTE Y EL TODO —

Las últimas fichas de un kirchnerismo en apuros

Sergio Suppo
PARA LA NACION



El kirchnerismo decidió recordar su existencia cuando descubrió que la presidencia de Javier Milei está en el peor momento desde diciembre de 2023. Sus jefes, dispersos y enfrentados, se sienten obligados a mandar al frente a los suyos sin considerar un dato de primera importancia.

Esa clave esencial es que el peor momento de Milei hasta ahora no es sin embargo un trance catastrófico; en realidad, se parece a la circunstancial conjunción de errores no forzados que nos hemos acostumbrado a ver, como los discursos disparatados, la dudosa conducta del "triángulo de hierro" salpicado por el criptogate y un complejo desafío económico financiero por los efectos inmediatos del acuerdo con el Fondo Monetario Internacional.

Observado desde el peso electoral que pueden tener esos ingredientes combinados en el primer trimestre del año, es más que evidente que la economía es el único elemento decisivo.

Milei ganará o perderá en las elecciones de octubre según sea aprobado o bochado por la reducción de la inflación, la recuperación del empleo y los ingresos y la confianza en el futuro económico. Esa llave maestra pasa por turbulencias y enciende expectativas dormidas en los opositores.

Hablar contra el *wokismo* en Davos es llamativo, pero no relevante a la hora de los votos. Promocionar una moneda virtual que resulta una estafa multimillonaria es grave, aunque el estómago promedio de los argentinos se haya acostumbrado a tragar sapos en forma de actos de corrupción según y conforme le convenga al interés o la afinidad de cada uno.

El decentismo, como alguna vez fue llamado desde lo alto de una cierta soberbia, nunca será popular en la Argentina. Milei se beneficia en estos días de la indiferencia social ante el criptogate como antes le ocurrió a los Kirchner, Menem y otros frente a diferentes hechos escandalosos.

En la salida a la calle de las fuerzas de choque del kirchnerismo está la huella de la sobreactuación sobre la situación de Milei. Intenta encontrar un ímán para su clientela en dispersión, y lo hace tomándose de los dolores permanentes de la sociedad, como la penosa situación de los jubilados.

De lo que se trata, en realidad, es de reunir la tropa, aprovechando que en una parte del electorado se acentúa la convicción de que con Milei no habrá recuperación posible de los ingresos. Son votos de los grandes centros urbanos que el kirchnerismo cuenta como propios, aun cuando en 2023 una fracción de ese histórico apoyo se desvió hacia los libertarios.

Algo consiguió la irrupción en la calle de las barras kirchneristas: por un par de

semanas salió de la agenda mediática la difusión de los crímenes que a diario sacuden a los vecinos del conurbano bonaerense. El mileismo se venía regodeando con esas desgracias (supuestamente) ajenas cuando la violencia en la Plaza del Congreso, dos semanas atrás, recordó la capacidad de daño del peronismo. Nada extraño para los años electorales que empiezan ruidosamente antes de que termine el verano.

El kirchnerismo encontró en la gestión

libertaria algo que no había sufrido antes. Milei no se avergüenza del ajuste que ejecuta para cuadrar las cuentas; al contrario, lo celebra como el mayor de la historia. Afirmación incomprometida, por lo demás.

Con el mismo tono desafiante hasta la temeridad, Milei y Patricia Bullrich reivindican la mano dura para controlar la violencia en las protestas callejeras. Es más, en los afiches preventivos usaron la palabra "represión" como un signo con-

tracultural. Décadas de eludir la palabra por sus connotaciones con la dictadura quedaron atrás.

Mientras — como en el caso del miércoles 12 de marzo — envía a su gente a tomar por asalto el Congreso para impedir su funcionamiento, el kirchnerismo repite la acusación de dictador contra Milei como tan livianamente lo hizo con Mauricio Macri. El actual presidente toma esa imputación poco menos que como un atributo y devuelve el agravio acusando de golpistas a sus adversarios. Es un peligroso juego de espejos cruzados.

En la táctica de la violencia callejera hay un interés concreto del kirchnerismo: romper la aceptación del restablecimiento del derecho a circular y lograr una mutación de la opinión pública por la vía de la exhibición de víctimas ensangrentadas.

Ese chantaje ya había sido planteado a los gobiernos nacional y porteño del marxismo, que evitaron todo lo que pudieron el restablecimiento del derecho a circular y hartaron a los vecinos con los cortes pi-queteros.

Entre los libertarios campea ahora, peligrosa, la convicción de que el hartazgo social que habilitó un drástico cambio de rumbo económico también habilita una política de orden público sin contemplaciones.

Un gas lacrimógeno lanzado por un gen-darme que hirió gravemente a un fotógrafo es un aviso para un gobierno siempre dispuesto a doblar la apuesta. Una cosa es mantener el rumbo y otra, distinta, acelerar hasta provocar un choque innecesario.

Dentro del Congreso, el kirchnerismo recibió más noticias dolorosas. Perdió hace tiempo la capacidad de oponerse a las mayorías parlamentarias que votan a favor de renovar los acuerdos con el FMI. Pero conserva, aunque herido, el poder de enviar el mensaje a la Argentina y al mundo de que en cualquier momento puede regresar y reponer el pasado.

Cristina observa con preocupación cómo el peronismo del interior se desgrana. La jefa tiene problemas notorios para retener provincias importantes para el peronismo como Tucumán, cuyo gobernador, Osvaldo Jaldo, analiza una alianza con Milei.

El problema más grave lo tiene más cerca. Una batalla por el control del poder la espera frente a Axel Kicillof. Esa pelea no tiene necesariamente que darse, pero es ineludible que haya una definición sobre quién manda en la principal fuerza opositora.

Kicillof espera un reconocimiento que Cristina no está dispuesta a darle. Se subordina o la enfrenta, tal la síntesis de la pelea en el grupo que maneja a su antojo el casi octogenario partido de Perón. ●

ideas

Más información de cultura, pensamiento, libros y reflexiones sobre la actualidad en <http://www.lanacion.com.ar/> y en <http://www.lanacion.com.ar/edicion-impres/suplementos/ideas>, con miradas cercanas y amenas para entender las claves de una sociedad en plena transformación. Análisis en profundidad, crónicas y los más agudos columnistas

Club LA NACION

SUSCRIBITE

Hablamos por whatsapp: (11) 5799.3654
o si preferís llamarnos: (11) 5199.4794

OH LALA! Living LUGARES iHOLA! JARDÍN Rolling Stone